

HISTORIA GENERAL DE LAS CIVILIZACIONES

Escribe: ALVARO SANCHEZ

A veces la lectura atenta de la historia universal (atenta hemos dicho pues leer para informarse poco significa), deja en el espíritu un desencanto, tal vez un despacible sabor de ceniza. ¡Qué ininterrumpida sucesión de imperios que nacen y mueren en medio de los incendios de la guerra! ¿Acaso el pobre ser humano vino al mundo sino para guerrear? ¿y cuáles los saldos de una guerra? En lo material, ruinas y campos desolados; en lo espiritual, ánimos amargados por la derrota, gentes preparando en silencio la revancha. Es para constatar el advertir cómo de una parte gentes de singular inteligencia se consagran al estudio de medicina no solo para calmar dolencias, sino, de ser posible, para prolongar la vida y hacer llevadera la vejez; mientras, en otros lugares, mentes también agudas y sagaces, hallan armas cada vez más poderosas para destruir y matar. Y la descripción de esa lucha entre la vida y la muerte, entre la luz que adviene y la tiniebla que devora es la historia humana. ¿Qué podrá quedar en el ánimo contemplativo sino un sentido escéptico de la existencia humana?

Si a eso se añade el modo como están gráficamente ilustradas la mayor parte de las obras de historia se verá que todo contribuye a constriñer al lector: ora es el retrato del mariscal con el pecho constelado de medallas ganadas en sus empresas guerreras; ya el conquistador con gesto altivo y desafiante; luego el cuadro de la batalla cuyo triunfo costó millares de víctimas; o bien el fotograbado que nos muestra como era el uniforme de los arqueros del rey, de los lanceros, de los arcabuceros, de los artilleros en tal o cual época. De suerte que todo contribuye a persuadir que el hombre más que un animal racional es un animal de guerra.

Agréguese a esto la pormenorizada relación de las no siempre limpias jugadas políticas, la descripción de las miserias sociales, de las convicciones dinásticas para acrecentar el predominio de las operaciones, miserias y dolorosos contrastes entre las desnudeces y la ostentación, la suma pobreza y la abundancia; y así la atenta lectura de la historia, no obstante algunas páginas luminosas, deja desconsuelo y amargura.

Tal considerando, se me ocurre, pudo mover a los autores de la obra que comentamos, a redactarla. Su título ya nos dice mucho. No encontrará el lector la descripción de hazañas guerreras, ponderación del heroísmo de

los caudillos, consideraciones filosóficas para inquirir los posibles cambios de dinastía; brillantes tópicos que se pueden encontrar sin dificultad en los libros aludidos. Los autores de la "Gistoris General de las civilizaciones" siguieron otras rutas. Aluden, porque es fuerza hacerlo, a cambios sociales y políticos, a hechos de armas y citan nombres de guerreros, pero ante todo quieren ser objetivos, relatar el hecho de la cultura humana. El hombre no nació solamente para pelear; a través de sus luchas ha ido progresando desde la huta del pueblo primitivo hasta el palacio, desde los ingenuos y torpes trazos del artista ignoto que decoró las grutas de Altamira, hasta los portentosos murales y telas del Renacimiento; desde las burdas urdimbres de las primitivas edades, hasta los damascos y gobelinos franceses y españoles y los paños ingleses e italianos; desde los estudios de los dialectos presocráticos, hasta los serios estudios de los autores clásicos, de los románticos y de los modernos. Y todo ello no solo en un pueblo, raza, nación o gente sino (lo dice muy bien el título) en todo el mundo.

Atrevida empresa dirá alguno de los lectores de esta nota; ya lo creo, atrevida sobremanera, mas en la cual, en mi sentir, triunfaron.

Es de admirar el esmero en redactar de modo verdaderamente objetivo una obra en que era expuesto parcializarse: no encontrará el lector ni regusto en la apología ni amargura de crítica. Para exponer esta opinión no necesitó el autor de la nota presente, leer todos los siete gruesos volúmenes que integran la obra: buscó en los diversos tomos aquellas páginas en que se narran cuestiones espinosas y ver así el espíritu de los autores. Pongo algunos ejemplos: las persecuciones, la conversión de Constantino, las herejías de Arrio, los complejos problemas filosóficos de la Edad Media, las luchas entre el Islam y España, el Renacimiento: la presentación de tales acaeceres con entera serenidad, en estilo transparente y tranquilo, demuestra suficientemente el propósito que animó a los autores de la "Historia General".

No está por demás traer algunos ejemplos para que se vea el estilo sereno, propio de verdaderos historiadores, bien informados y anhelosos de consignar la verdad. Veamos cómo inicia el capítulo sobre la renovación espiritual del siglo XI. "En el último cuarto del siglo XI, las búsquedas de los arquitectos y de los decoradores, no interrumpidas por la decadencia carolingia ni las invasiones, desembocan en la formación de un gran estilo. Las mayores facilidades de la circulación, que permiten extenderse con más rapidez las recetas de los focios y los temas de inspiración y a los maestros de obras el encontrarse con más frecuencia y poder confrontar los resultados de sus experiencias, favorece este florecimiento decisivo, que es igualmente suscitado por el progreso de los estudios y en particular de los conocimientos matemáticos". Veamos otro ejemplo también sobre la vida de la Edad Media: "La moral cristiana que prohíbe reducir a la esclavitud a los bautizados y hace considerar la manumisión como una obra saludable, contribuyó en cierta medida a la disminución de la clase servil".

He aquí cómo cuenta el ingreso de Occidente en el Asia mongólica: "Mientras tanto, por iniciativa del Papa Nicolao IV los primeros misioneros

católicos llegaron al Extremo Oriente. Cargado de cartas-papeles dirigidas al Kan de Persia y a Kubilai, el franciscano Juan de Montecorvino estuvo en Tabriz, fue a la Indina guiado por un mercader italiano, y llegó a China, donde fue recibido por el sucesor y nieto del Gran Kan, y tuvo la satisfacción de hacerle besar la cruz muy devotamente. La adhesión del príncipe a la fe romana, la construcción de dos iglesias en Pekín, provocaron un movimiento de conversión”.

Imposible no transcribir algunas de las líneas consagradas a un César tan sangriento como Diocleciano, líneas severas, pero sin ninguna acritud: “Diocleciano organizó una despiadada persecución contra los cristianos, pero con cierta cautela y lentitud, no llegando más que por grados a medidas análogas, por su generalidad y violencia, a las de Decio y Valeriano. Hubo en primer lugar una depuración en la Corte, en los ejércitos, en la administración, excluyendo a cuantos rehusaban sacrificar. Después vinieron los edictos. El primero se limitaba a prohibir las reuniones y a ordenar la demolición de las iglesias, la confiscación y la destrucción de los libros santos. Finalmente, como medio siglo antes, incluso los laicos fueron obligados al sacrificio bajo pena de castigos que podían ir hasta la muerte en la hoguera”. No es sorprendente que para narrar tan aguda tragedia no se encuentre sino una palabra severa “despiadada”, severa pero exacta.

Las breves citas anteriores nos demuestran suficientemente el propósito de los autores, cuyos nombres daremos al final de estas líneas, de dar a su obra la máxima objetividad e imparcialidad.

La edición española (la francesa aún no ha llegado a Bogotá) añade a las cualidades anteriores, la excelencia tipográfica. No la embellecen retratos de guerreros, de mariscales, generales o personajes semejantes, sino magníficos fotografiados de obras de arte, de monumentos arquitectónicos, de piezas de museo. Las guerras se mencionan, los héroes figuran, mas como fondo del esfuerzo cultural colectivo. Me parece que al concluir de hojearla, con toda verdad podríamos decir la consabida frase “La humanidad progresa padeciendo”, pero al cabo progresa.

Mencionamos ahora a los autores que trabajaron, como se dice hoy en equipo, bajo la dirección de Maurice Crouzet, Inspector General de Instrucción Pública en Francia, en la realización de obra tan importante: el tomo dedicado a **Oriente y a Grecia** es obra de André Aymard, Profesor de la Sorbona y de Jeannine Auboyer, Conservador del Museo Guimet. **Roma y su Imperio**, segundo volumen de la colección, lo trabajaron los mismos autores del anterior. **La Edad Media**, lo escribió Eduardo Perroy, Profesor de la Sorbona. El tomo consagrado a los siglos XVI y XVII lo redactó Roland Mousnier, Profesor de la Facultad de Letras de Estrasburgo. **El Siglo XVIII** es también obra de Roland Mousnier y Ernest Labrousse, Profesor de la Sorbona. **El Siglo XIX** lo escribió Roberto Schnerb, Doctor en Letras del Liceo Clermot-Ferrand; y **la Epoca Contemporánea** es del ya nombrado Doctor Maurice Crouzet.

Los lectores del “Boletín” pueden ya consultar la obra comentada en la “Biblioteca Luis-Angel Arango.